
Mirella Muià, la poesía y lo sagrado. Un encuentro

Sandra Cornejo*
Argentina

I. Tejiendo parecía que tuviera dos corazones¹

«Habitó una pequeña ermita reconstruida luego de siglos de abandono, se encuentra en una colina ... cada mañana veo surgir el sol sobre el horizonte... antes del amanecer me uno en oración con aquellos que miran el mismo mar y oran desde la otra orilla, este mar no nos divide, nos une...» escribe Mirella Muià en su libro *Desde la ermita. Carta a los hermanos de las iglesias de Oriente*². Se refiere al mar Jónico y a su Eremito dell'Unità di Gerace, ermita consagrada a la oración fraterna de las Iglesias católica y ortodoxa, un santuario ecuménico. Muià, que nació en Siderno, Italia, en 1947, ha sido, en sus múltiples facetas, profesora de Literatura Comparada en la Sorbona y en Calabria, pero también viajera y, en especial, poeta, pintora de íconos, madre, abuela y eremita diocesana.

Ella y su poesía llegaron a mí en el año 2001 a través de las traducciones realizadas por el poeta argentino Pablo Anadón en la antología *El astro disperso. Últimas transformaciones de la poesía en Italia*³. En ese libro, su poema «Diálogo» me conmovió hondamente. También el tono sereno y leve de su escritura. Desde entonces regreso muy a menudo a su voz, a su poética reflexiva y orante, a esa exigencia suya que pide un otro sensible ante un mundo que cuestiona y es cuestionado. Pero fue recién en enero de 2020, a las puertas de la pandemia del covid, cuando la localicé. Iniciamos así nuestro propio diálogo en la distancia.

A partir de mi poema «Dos mujeres» en *Corteza*⁴ (que le dedico a Muià), y por sugerencia del propio Anadón, me animo a contactarla y a construir un puente entre nuestras almas. Ella, y su maravillosa predisposición a ponerse en el lugar del otro, me ayuda en la tarea de hilar una relación de entendimiento y amistad, por lo que le estaré eternamente agradecida. He leído en Anselm Grün: «El encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran»⁵. Más aún, si ese encuentro ha sido meditado en el corazón, nos cambia para siempre. Intenté durante los dos años de pandemia estudiar italiano, me familiaricé con esa lengua y su riqueza. Por razones personales no pude continuar, pero fue suficiente para percibir de un modo más nítido su mirada, su atmósfera, su cultura, su universo.

A raíz de la publicación de *La Tela y otros poemas. 1986-2022* (Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022), libro que aborda casi la totalidad de su obra, cuyo prólogo y traducción estuvo también a

* Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata. Diploma de Lectura, Escritura y Educación por FLACSO, Argentina. Correo electrónico: sandra.cornejo@live.com.ar

1. Versos finales del poema «La tela I» en *La Tela y otros poemas (1986-2022)*. Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 79.

2. Oltre Edizione, Italia, 2016. En el fragmento «L'eremo», página 20, versión digital.

3. Ediciones del Copista, Córdoba, 2001.

4. Prueba de Galera editoras, La Plata, 2019.

5. Anselm Grün. *La oración como encuentro*. Ágape libros. Buenos Aires, 2005, página 7.

Ideas, IX, 9 (2023), pp. 1-9

© Universidad del Salvador. Escuela de Lenguas Modernas. Instituto de Investigación en Lenguas Modernas. ISSN 2469-0899

cargo de Pablo Anadón –y su tenaz cuidado para con una obra que de otro modo habría sido desconocida–, retomo esta urgencia de compartir mi hallazgo luminoso. Cuando viajo a Pamplona en abril de 2023 accedo al fin a su antología, y Mirella, otra vez, se convierte en mi gran compañía en el viaje, tanto interior como exterior.

II. Lo sé/ como si allí estuviera yo⁶

Ya en La Plata, mientras tomo «casualmente» un libro de Sallie Nichols sobre Jung y el tarot, no puedo evitar retornar a mis papeles virtuales para iniciar esta trama incierta. «*Nos guían de una manera misteriosa*» me ha dicho Mirella en algún momento de nuestros intercambios. Y como todo lo que me ha enseñado, es muy cierto. Había iniciado algunos cruces sobre la poesía y lo sagrado a la espera de su obra completa que por diversas razones fue demorándose. Aguardé y vivencié así uno de los rasgos de la escritura de Mirella: la espera como labor silenciosa. La espera también ha sido, en ella, búsqueda, ascesis, entrega.

Indagué acerca de algunas nociones sobre la plegaria y todas ellas eran variaciones de un mismo tono: «manantío» para Roberta De Monticelli, «diálogo» en G. Van der Leeuw, «encuentro» en Martin Buber y Ansel Grün, «manantial» en Marcelo Figueroa, «principio de silencio y camino hacia la paz» en la Madre Teresa. En cada definición hallaba un similar modo de habitar ese profundo estado en el que el espíritu se tiende hacia la Presencia, lo que se anhela. Por su parte, la poesía, entretejía una suerte de mediación, un camino posible de expresar lo otro, un lenguaje ante la necesidad de trascendencia, de hundir las raíces en la eternidad, de develar el misterio (lo que religa). La poesía como zona de protección, como lo que nos deja entrever otro mundo⁷, me pareció lo más cercano al universo de la poeta. Fue la propia Mirella quien iluminó estos borradores míos, cuando leí una aproximación: «he pensado en la poesía ... la belleza que evoca la palabra ... La belleza-verdad es inexpresable, sólo la poesía y la oración profunda se acercan a ella, la tocan y transmiten la vibración de ese contacto fugaz ...»⁸. A lo que agregó en otro momento: «Creo que el verdadero poeta es Dios, porque la creación es poesía, por lo tanto todo poeta está cerca de Dios ... y quizás la poesía sea la mejor oración... ».⁹

Encontré luego un madero al que asirme en su poema «Discurso del mortero», donde aquello indecible se dice y llega a nosotros de manera estremecedora (como ya lo han analizado Anadón¹⁰ y Ricardo H. Herrera¹¹). Este poema, de compleja construcción, es el producto de una vida atenta, vívida, herida. Su lectura debe ser pausada; su análisis, paciente. Ese «Quien» que se menciona en el final, tan dulcemente, tan ferozmente también, es la fusión de lo hecho y lo por hacerse, lo logrado y lo por lograrse, lo deseado y lo construido. Un puente tendido, una consagración a lo sagrado a través de la materia, a expensas del dolor, o sacrificio simbólico. Escarpado camino interior que lleva al despertar.

Discurso del mortero

6. Versos finales del poema «Diálogo de la madre y el mensajero» en *La Tela y otros poemas (1986-2022)*. Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 151.

7. Rafael Felipe Oteriño. *Una conversación infinita*. Ediciones del Dock. Buenos Aires, 2016, página 131.

8. *Desde la ermita. Carta a los hermanos de las iglesias de Oriente* (Oltre Edizione, Italia, 2016. En el fragmento «Solo la poesía», página 11, versión digital).

9. Conversaciones personales con Mirella Muia

10. En: <http://hablardepoesia-numeros.com.ar/numero-41/la-poeta-eremita-aproximaciones-la-vida-la-obra-mirella-muia/>

11. En: <https://hablardepoesia.com.ar/.../13/dos-resenas-muia-barnas>

El mortero de mármol ha hecho un largo viaje:
alguien lo ha extraído del cuerpo de la loma—
alguien lo ha separado de la piedra materna—
alguien lo ha recogido de un cúmulo de trozos dispersos—
alguien lo ha transportado de la cantera al taller del tornero,
y éste le ha dado forma,
y para hacerlo lo ha excavado adentro y lo ha pulido afuera,
y con otro fragmento hizo la mano del mortero—
alguien lo ha puesto en venta a los maestros de íconos
para transformar en polvo fino a los colores más refractarios—
alguien lo ha comprado y lo ha traído a mí,
y ahora está conmigo, aquí, y me interroga: «¿Quién eres?
No creas ser como este mazo
tan sólo porque tengas el vigor
y ves lo que a tus ojos no es correcto
y te anima ese celo de justicia...
Pero si quieres, si puedes decir que has hecho un viaje como el mío,
si de verdad caíste de la montaña al golpe de los picos,
si has sido recogido, excavado por dentro y pulido por fuera,
y luego te han vendido y te han comprado—
si reconoces que este viaje hiciste,
tú, piedra de mármol más dura que yo,
sabe entonces que podrás ser como yo:
lugar donde se muele,
lugar donde moler y lugar que es molido
con la materia a transformar en polvo fino.
El color es molido, pero a los golpes debes recibirlos tú,
acogerlos tú, llevarlos tú.
Si aceptas esto,
puedes ser como yo bajo la mano de Quien tiene la mano del mortero.»
Esto me dijo el mortero.¹²

A raíz de estos versos en el poema: «El color es molido, pero a los golpes debes recibirlos tú / acogerlos tú, llevarlos tú», le mencioné a Mirella que ella tenía un gran corazón. Luego de una pausa – en la distancia – me contestó: «No, grande no, herido sí: el corazón puede hacerse grande si está herido, porque se abre ... Es una verdad universal, pero no es fácil de entender por qué la naturaleza tiene miedo a las heridas... es la Sabiduría de Dios la que enseña la verdad ... y luego, los que han comprendido, deben transmitirlo a los demás».¹³

Con otras palabras, después, encuentro otros indicios que me ofrece acerca de sanar la herida (la sombra), por ejemplo, en «Camino de la luz»: «Quien ha sido salvado de la fosa sabe que ha conocido la muerte ...»¹⁴. La certeza de un alumbramiento posterior a la noche oscura.

III Un gemido/ un lamento/ un grito¹⁵

12. En *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 205.

13. Conversaciones personales con Mirella Muià.

14. En *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 233.

15. Versos del poema «El mensajero II» en *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 129.

«¿Cuándo despertaremos?» se ha preguntado Mirella, insistentemente. Sufrir una metamorfosis. Arder. ¿No son acaso estas imágenes un eco de la propia vida de Muià? Luego de nacer en Calabria vive en Génova, en París, en Alemania. Al obtener su título en la Sorbona ejerce en los más respetables claustros junto a pensadores como Paul Ricoeur, Emmanuel Lévinas y Tzvetan Todorov. Abraza las ideas de la época, etapa en la que piensa que la poesía es «un lujo de pocos para pocos». Se casa, tiene una hija, padece una enfermedad grave. Se entrelazan las dudas que la acompañaban (donde hay duda hay fe, y viceversa). Aprende el ritual de la pintura de íconos, ese modo de plasmar lo eterno. Escribe «La tela», siempre para sí, a modo de respiración. En 1987 atraviesa su conversión religiosa¹⁶, el retorno a una fe arraigada en su infancia y adolescencia. En 1989 decide regresar a su tierra natal. Desde el 2002 vive en la ermita de la Unità, junto a la iglesia de Santa Maria di Monserrato (antiguamente llamada Santa Sofía y reconstruida en el S. XV). En el 2012 es consagrada monja eremita, y funda allí la Orden del Eremo dell'Unità¹⁷ de la diócesis de Locri y Gerace. Siempre escribe, como quien «arroja una cuerda al vacío». Se retira. Se entrega, indeclinablemente, al sacramento de la luz.

Entre aquellos años más complejos y su regreso a Calabria –los tiempos de la juventud y su búsqueda a través de las ideas– se observa un pasaje. En sus primeros poemas, donde la espera es central, cohabitan en ella una inocencia, un parto, una partida. También la imagen de la tela y el telar como sinónimo de arraigo, de hogar. La familia primigenia en torno, una atmósfera de sordo trabajo interminable, de pescadores, marineros y campesinos que buscan un lugar, un suelo, un horizonte. Ulises y el mito de la errancia toman cuerpo, las costureras en su quehacer cosen y descosen el trajín de las horas y las estaciones. Empédocles se convierte en la historia de una pasión. El mar de fondo resuena, trae su bruma escandida. Detrás de esas imágenes, la niña, la adolescente, la joven, la mujer, añoran una certeza que la razón no logra explicar y sólo empuja hacia un paisaje cada vez más árido.

Incluso alguna vez pensó en morir. Ocurrió en un viaje en tren, cerca de la frontera de Bélgica. De pronto la radiante luz del amanecer y las ramas de un árbol que sostenían el cielo ante sus ojos, como una mano, convirtieron aquello que podría haber sido un salto al vacío¹⁸ en camino hacia la redención. Allí, en la salida del túnel, un tramo antes de la estación de Revin, un intervalo de su vida culmina.

Emerge otra lengua. Se consolida en su espíritu esa honda piedad para con el mundo (y consigo misma) siempre latente. Eugenio Montale, uno de los poetas admirados por Muià, escribió alguna vez: «Son necesarias muchas vidas para hacer una vida»¹⁹. Tal es el derrotero de Mirella, un cruce de historias hasta que el cara a cara con la finitud se convierte en Rostro, en Belleza, en luz que acoge y sana. Presencia y morada. Y en torno, el detalle de los rituales, la compasión, el silencio elegido, la poesía, el prójimo.

Transcribo aquí «Diálogo», un poema esencial, sin lugar a dudas, regalo de aquella transubstanciación.

16. «Sentí mi vocación en la adolescencia y tomó fuerza a lo largo de los años en los momentos de mayor prueba de la vida: la enfermedad, la soledad, la pobreza. La experiencia ha sido esta: una Presencia que siempre me acompañaba. Este retorno, para mí ha significado instantáneamente un retorno no tan solo a la vocación de la adolescencia, sino también un retorno a Calabria donde tuvo lugar el inicio de mi conversión.» En: <https://horebfoucauld.wordpress.com/2014/08/19/mirella-muia-ermita-diocesana/>

17. <https://www.eremodellunita.it/gerace>

18. Para ampliar ir a: *Desde la ermita. Carta a los hermanos de las iglesias de Oriente*. Oltre Edizione, Italia, 2016, página 39, versión virtual.

19. *La casa de los aduaneros y otros poemas*. Traducción, selección y prólogo Gianni Siccardi. Centro Editor de América Latina. Argentina. 1987. Poema «El verano», página 19.

Diálogo

«Te vi llegar
por el camino que viene del mar
y desaparece detrás de las colinas.
Lo recorriamos juntas, una vez.
No has cambiado: tan sólo
el cuerpo que se encoge,
como el mío.
Prietas somos, pero leves
como piedras de lava.

Hay lugar para las dos.
Para dormir
a mí me basta esta silla.
Tú que vienes de lejos
toma la cama:
quién sabe desde cuándo que no duermes
sobre el jergón de hojas,
pero pronto te acostumbrarás de nuevo
al ligero crujido.
Yo no duermo más en él:
me recuerda demasiado al viento
entre los pastos secos
y los rostros de las compañeras retornan a la mente
- yo ya no quiero recordar.
Nosotras debemos estar listas
como viajeros
que parten libres de equipaje:
ya el cuerpo es demasiado lastre.

Te digo
que como tú has cumplido
un camino para mí desconocido
allá en el mundo donde estabas,
así he cumplido el mío, subterráneo
como el alma del torrente de verano
sólo visible por la hierba verde
que señala su oculto recorrido
para los ojos de quien sabe ver.

Y como tú has dejado de amar
las imágenes y las palabras vanas,
así yo me he alejado
de los huecos recuerdos,
de todo lo que es apariencia
y se mueve en el viento
con un frío rumor de cáscaras vacías.

(Hablando
apoyaba las palmas

una al lado de la otra
en las rodillas
como las manos en plegaria de una estatua
cortadas por el tiempo,
yertas sobre el vestido oscuro
como sobre la tierra.)

Y aunque no hables
yo leo el resplandor en tu mirada
de lo que has visto
- llamas que brillan como en un incendio
sobre los vidrios de los ventanales:
has ardido en ese fuego
y quizás ardes todavía -,
pero de ti solamente se consume
lo que está destinado a perecer.
Tierra adentro, tal vez, lejos del mar
y del fragor abrupto de los trenes
existan almas iguales a las nuestras
en secreto,
preparándose para morir.
También nosotras hemos llegado al fin
y a mí partir no me entristece
- aunque casi reseco
y casi sin necesidad de nutrirse
como un tronco que bebe y se contenta
con la humedad profunda del terreno,
este cuerpo me pesa demasiado».

(Pero al verla moverse, levantándose
para llenar los vasos de agua
me pareció su cuerpo
poroso y liviano
como si lo atravesara el aire.
Los gritos de los pájaros nocturnos
envolvían la casa
en la espiral creciente
de una impalpable red).

«He vuelto para morir»,
dije entonces.

(Detrás de la casa, el viento de la noche
había trazado sobre el cielo luminosos surcos).

París, diciembre de 1986.²⁰

20. *La Tela y otros poemas (1986-2022)*. Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 183.

IV. Comunión

El primer día de invierno de 2023 empiezo a cerrar este texto largamente deseado. Mi país atraviesa uno de sus peores momentos. El mundo post pandemia ha quedado dolido, revuelto. Más que nunca necesitamos regresar a nuestro interior. Recuerdo una frase del querido poeta Horacio Castillo respecto de las postrimerías: «Cuando la ruina se ha consumado, cuando ya no haya centro, el Espíritu debe recuperar su propia gravedad, convertirse él mismo en Centro»²¹. Necesidad perenne de un eje, de símbolos bienaventurados. En tal sentido, Mirella refleja en sus textos (y a través de su vida) el frágil latido de la criatura humana y la naturaleza toda.

En su poema «Ante un ícono griego llamado Virgen que amamanta» escribe estos versos: «Tu templo hace en tu cuerpo su morada / quiere que lo recibas / como luz de tu alma / sangre del corazón / cruz de tu carne».²²

En «Aun el dolor de la herida más grande» escribe: «He aquí por qué nadie está solo: / Tu soledad nos envuelve como un velo de lágrimas radiantes, si sólo lo queremos...»²³

En «El bautismo» traza surcos desde la hondura del abismo y dice: «Y cuando volví a verlo / en vida, comprendí: / había llevado hasta lo más profundo / las raíces de la creación, la luz del día Uno / y lo que fue una vez desde el principio/no tendrá nunca fin...»²⁴

En «El silencio y la palabra», escribe: «El vientre oscuro de la tierra y el cielo luminoso, /alturas inaferrables— / porque si escuchas, / sabrás que están, juntas, en ti, / y que eres su morada».²⁵

De cierta experiencia límite, similar a la de las Madres y los Padres del desierto, la plegaria resuena poéticamente, el vacío florece en jardín.

Nunca dejó, además, de referirse a su mar, el Jónico, el mismo del principio, el de aquellos que iban y venían por sus aguas, y el del presente, surcado por barcas que naufragan. Tampoco se apartó del silencio, de las márgenes. Extrajo lo mejor de dos vertientes: ritos compartidos entre una tradición y otra del cristianismo que no hacen más que mencionar un origen común. Y restableció un lenguaje que plasma a través de la imagen.

He encontrado una familiaridad entre su poesía y la de otros escritores entrañables. Especie de constelación en cuyo mapa ubico también a Czeslaw Milosz, Tomas Tranströmer, Louise Glück, Hermann Hesse, María Zambrano, Horacio Castillo...Pero ello ya es otro texto. Y como ha escrito Anadón, la de Muià es «una voz apartada» y su poesía «una flor extraña». Que así permanezca. En su ermita, su morada, cobija y relumbra. «Lo que escribí es parte de mí ... ¡Gracias por entender esto!» me ha dicho sin ningún deseo de trascendencia o ambición de reconocimiento, porque su asombro claramente tiene que ver con «el primer sol del primer día del nuevo año» o la humildad necesaria o lo profético en la poesía.

La ventana de su celda mira al Este, desde ahí, cada amanecer, Mirella observa la salida del sol ... Oriente «de donde vinieron los judíos de la diáspora, los monjes de los desiertos y ahora los pobres de nuestro tiempo ...» expresa y piensa, honda e inalterable. Su renuncia es dicha, contemplación, trabajo. En medio de los días llenos de tareas y estudio, su reflexión acerca de la experiencia religiosa y poética es incesante. También la entrega al prójimo.

21. Horacio Castillo. *Por un poco más de luz. Obra poética 1974-2005*. Editorial Brujas. Córdoba 2005. En «El poeta en las postrimerías», página 174.

22. *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 199.

23. *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 203.

24. *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 213.

25. *La Tela y otros poemas* (1986-2022). Editorial Pre-Textos, Valencia, 2022, página 201.

Agradezco el privilegio de haberla encontrado. En una época de abatimiento, retribuyo la Gracia. Chispas de luz divina levantadas del suelo y arrojadas al cielo.

«Pienso en el día en que comencé a escribir una carta a los hermanos de las Iglesias orientales, como si fueran amigos y conocidos perdidos durante mucho tiempo. Entonces no había llegado aquí todavía. Pero al venir, la carta se convirtió en parte de los días ... Nunca he perdido el sentido del lugar y la historia en los últimos años: estoy en la mesa, tan grande como todo este mar Jónico. Llevo conmigo las migas de pan de estos últimos años de mi vida. ¿La poesía? La poesía es el alma de las cosas y no muere, ya verás que a todo lo volvemos a encontrar ... Es la memoria que ha echado raíces en el corazón y puede hablar, la belleza del misterio.» ²⁶ Su voz, tan simple como humana. Que así sea.

26. Conversaciones personales con Mirella Muià.